—Este tiempo pesado es muy malo.. Nada hay tan fatigoso como estos primeros días de primavera.

Y se retiró. Era mi vida la que se iba con él. Si hubiese podido, le hubiera llenado de injurias y denuestos. El miserable, convertido en máquina por la fuerza de la costumbre, llegaba por fórmula junto á los cadáveres sólo para cumplir una formalidad de la ley. Era un ignorante aquel hombre. Toda su ciencia no le permitía distinguir con una mirada la vida de la muerte. ¡Y se alejaba tranquilamente, se alejaba!

—Buenas noches, señor—dijo Simoneau.

El médico debió inclinarse delante de Margarita, mientras que la señora Gabin cerraba la ventana. Después salió de la habitación, y escuché el ruído de sus pasos al descender por la escalera.

Todo estaba concluído. Mi última esperanza desaparecía con aquel hombre. Si yo no volvía en mí antes de las once del día siguiente, me enterrarían vivo. Y este pensamiento me preocupaba de tal manera, que ya perdía la conciencia de todo lo que me rodeaba; era esto como un desvanecimiento dentro de la muerte misma. El último ruído que creí apercibir fué el de las tijeras de la señora Gabin. El velatorio comenzaba. Margarita no había querido pasar á la habitación inmediata. Allí permanecía,

y yo me la figuraba medio acostada en el sillón con el semblante pálido y los ojos medio cerrados y humedecidos por las lágrimas, mientras que el señor Simoneau, sentado en la penumbra, la contemplaba atentamente.

III

Mi entierro

No puedo decir cuál fué mi agonía durante la madrugada del siguiente día. Esto ha quedado en mi memoria como un sueño horrible, en el que mis sensaciones eran tan singulares, estaban tan alteradas, que sería difícil expresarlas con exactitud. Lo que hacía mi tortura espantosa era que esperaba siempre un brusco despertar. Y á medida que se acercaba la hora del entierro, el espanto me extrangulaba más.

Hasta el amanecer no volví á recobrar la conciencia de las personas y de las cosas que me rodeaban. La falleba, al rechinar, me sacó de mi somnolencia. La señora Gabin había abierto la ventana. Debían ser las siete próximamente, porque oía gritos de vendedores en la calle: la voz débil de una muchacha pregonaba alpiste; otra voz ronca anunciaba zanahorias.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Aquel despertar de la ciudad me producía una momentánea tranquilidad, porque me parecía mentira que en medio de tanta vida me condujeran á la tumba. Un lejano recuerdo me daba ahora mayor confianza. Durante el tiempo que yo estuve empleado en el hospital de Guerande, había ocurrido un caso parecido al mío. Un enfermo había permanecido veinticuatro horas en un sueño tan profundo, que los médicos dudaban de si vivía ó no; por fin, después de las veinticuatro horas, despertó. Yo llevaba ya veinticinco. Si no despertaba antes de las once, estaba perdido.

Ahora comenzaba á darme cuenta de lo que ocurría á mi alrededor. La pequeña Adela debía estar jugando en el pasillo, cerca de la puerta, porque de vez en cuando se la oía reir. Sin duda Simoneau no estaba en la habitación; ningún ruído denotaba su presencia; yo únicamente oía rozar por el suelo las zapatillas de la señora Gabin, á la cual oía hablar por fin.

—Hija mía, hace usted muy mal en no hacerme caso...

—No; quiero estarme aquí—respondió Margarita con resolución.

Su voz, que yo no había oído desde la víspera, me conmovió mucho. Estaba cambiada, quebrantada por el dolor. ¡Ah, mujer querida! yo la sentía á mi lado como un último consuelo. Yo sabía que no

apartaba los ojos de mí, que me lloraba con todas las lágrimas de su corazón.

Pero los minutos pasaban. Hubo en la puerta un ruido que al principio no me expliqué. Parecía la mudanza de un mueble que tropezaba contra las paredes de una escalera demasiado estrecha. Luego lo comprendí al oir de nuevo las lágrimas de Margarita. Era el ataúd.

—Venís muy temprano—dijo la señora Gabin malhumorada.—Poned eso detrás de la cama.

¿Qué hora era, pues? Las nueve quizás, y el ataúd ya estaba allí. Y lo veía en la noche espesa, completamente nuevo, con las tablas apenas cepilladas. ¡Dios mío! ¿Iría á acabarse todo? ¿Si me llevarían en aquella caja que yo sentía á mis pies?

Tuve, sin embargo, una suprema alegría. Margarita, á pesar de su debilidad, quiso dedicarme sus últimos cuidados. Ella fué quien, ayudada por la vieja, me vistió con una ternura de hermana y de madre. Yo sentía que estaba una vez más entre sus brazos á cada prenda que me ponía. Se paraba, sucumbiendo á la emoción; me abrazaba y me bañaba con sus lágrimas. Hubiera querido poder devolverle su abrazo, gritándole: «¡Vivo!»; pero no podía, y tenía que abandonarme como una masa inerte.

—Hacéis mal; todo eso se pierde—repetía la señora Gabin.

Margarita respondía con voz entrecortada.

—Dejadme; quiero ponerle lo mejor que tenemos.

Yo comprendí que me estaban vistiendo con mi traje de boda, aquel traje que yo había llevado á París reservándolo para los grandes días.

Debilitada por aquel último esfuerzo que acababa de hacer, Margarita cayó en el sillón desvanecida, mientras se oía la voz de Simoneau que acababa de entrar, y que hablaba en voz baja con la vecina.

—Ya están abajo—decía.

—Bueno—respondió la vecina—falta lo peor; dígales usted que pueden subir.

—Es que tengo miedo... Esta pobre mujer se va á desesperar.

La Gabin, después de un momento de reflexión:

—Escuche usted, Sr. Simoneau, es necesario que la haga usted entrar á la fuerza en mi habitación... No quiero que esté aquí... Entre tanto, concluímos en un momento.

Aquellas palabras me destrozaban el corazón.

Bien pronto adiviné la lucha que se entablaba entre mi mujer y el vecino, suplicándole éste que no permaneciera más tiempo en la habitación.

—Por piedad — imploraba, — venid conmigo. Evitáos un dolor inútil.

—No, no—repetía mi mujer;—me quedaré; quiero quedarme hasta el último momento. Pensad que no tengo más que á él en el mundo, y que cuando no esté ahí me quedaré sola.

Entre tanto, cerca del lecho, la señora Gabin apuntaba al oído del joven:

—Vamos, agarradla, lleváosla en brazos.

¿Iba aquel Simoneau á coger á Margarita y á llevársela así? De pronto gritó. Por un arranque furioso quise ponerme en pie. Pero los resortes de mi carne estaban rotos. Y yo seguí tan rígido, que ni siquiera podía levantar los párpados para saber lo que pasaba allí delante de mí. La lucha se prolongaba. Mi mujer se agarraba á los muebles, repitiendo:

—¡Oh! por favor, señor... déjeme usted, no quiero salir...

El debió cogerla entre sus vigorosos brazos, porque los sollozos de mi mujer se oían cada vez más débiles, sofocados, sin duda, al reclinar su cabeza en el pecho del vecino.

—¡No se contemplan estas escenas sin dolor!—decía la Gabin—¡qué pena! vamos, ya podemos obrar libremente.

La cólera más espantosa me sofocaba. Aquello era un rapto abominable. Yo no veía á mi mujer desde la víspera, pero bien notaba su presencia, y ahora se me la llevaban; me la quitaba un hom-

bre en el momento en que á mí me conducían á la tumba, y allá estaban solos detrás de la pared que separaba nuestras habitaciones, solos, prodigándole él toda clase de consuelos, abrazados tal vez.

La puerta se abrió de nuevo, y sonaron en la estancia ruido de pasos moviéndose pesadamente.

—Vamos, despachemos pronto; esta pobre señora no tardará en volver—dijo la Gabin.

Y seguía hablando, dirigiéndose á gentes desconocidas que no le contestaban más que con sonidos inarticulados.

—Yo, como ustedes comprenderán, no soy ni siquiera pariente de esta familia; vecina nada más... Unicamente para hacer un favor, gracias á la bondad de mi carácter. Y que hemos pasado una noche... especialmente á la madrugada... en fin yo siempre he de ser lo mismo... mi corazón es bondadoso.

En aquel momento pusieron el ataúd en medio de la estancia. Estaba perdido; yo no podía moverme y nadie venía en mi ayuda.

—Aquí se ha podido ahorrar madera, la caja es demasiado grande—oí que decía con voz enronquecida uno de los funerarios.

—Mejor, así irá más ancho—contestó el otro.

Yo no pesaba mucho y se felicitaban

por ello, porque tenían que bajar tres pisos. Al tiempo que me cogían por los hombros y por los pies, la señora Gabin se enfadó de pronto.

—¡Diantre de chiquilla!—exclamó.—Ha de meter la nariz en todas partes... Espérate, que te voy á hacer mirar por las rendijas.

Era Dedé que entreabría la puerta y pasaba su cabeza despeinada. Quería ver cómo colocaban al señor en la caja. Dos vigorosos cachetes resonaron seguidos de una explosión de sollozos, y al volver la madre habló de su hija con los hombres que me arreglaban la caja.

—Tiene diez años. Es buena chica; pero curiosa .. No la pego todos los días, pero quiero que obedezca.

—¡Ah!—dijo uno de los hombres;—ya sabéis; todos las niñas son así... Cuando hay un muerto en alguna parte, les gusta mucho andar dando vueltas alrededor.

Yo estaba tendido cómodamente y habría podido creer que me encontraba todavía en la cama sin cierta molestia de mi brazo izquierdo, que estaba un poco apretado contra una tabla. Según ellos decían, yo cabía muy bien allí dentro, gracias á mi pequeña estatura.

—Esperad—exclamó la señora Gabin;—he prometido á su mujer ponerle una almohada debajo de la cabeza.

Los funerarios, como quien tiene

prisa por terminar pronto, pusieron bruscamente la almohada bajo mi cabeza. Uno de ellos buscó el martillo por toda la habitación. Lo había dejado olvidado y hubo necesidad de ir por él. Yo sentí entonces un estremecimiento en todo mi cuerpo, mayor todavía cuando percibí los golpes del martillo introduciendo el primer clavo. Todo estaba concluído. Después, los clavos sujetaron la tapa introduciéndose rápidamente uno á uno á los golpes cadenciosos del martillo. Parecía que los enterradores estaban cerrando una caja de frutas secas, con la indiferencia que da la costumbre de hacer todos los días lo mismo. A cada instante percibía los ruídos más débiles y ligeros, produciéndome la impresión extraña de que el ataúd se había convertido en una caja de música. Las últimas palabras que llegaron á mis oídos en aquella habitación de la calle de la Delfina, fueron las pronunciadas por la señora Gabin dirigiéndose á los funerarios.

—Bajen ustedes despacio—les había dicho—y tengan cuidado con la rampa del segundo piso.

Yo notaba que habían cargado el ataúd en hombros, y me sentía llevado como balanceándome sobre las olas del mar. A partir de aquel instante mis recuerdos son muy vagos. No obstante, tengo idea de que una preocupación, bien

tonta para aquellos momentos, torturaba mi pensamiento. Hubiese querido darme cuenta exacta del camino que llevábamos para ir al cementerio. Yo conocía poco las calles de París é ignoraba por completo dónde estaban emplazados los cementerios cuyos nombres había oído algunas veces. Los últimos esfuerzos de mi inteligencia se encaminaban á adivinar si nos dirigíamos por la derecha ó por la izquierda. Lo que sí oía era el rodar del coche mortuorio y la trepidante barahunda de los carruajes y de los transeuntes resonando en un clamor confuso á través de la madera del ataúd. Ahora me daba perfectamente cuenta del camino que seguíamos; noté que estábamos parados y que debía ser delante de algún templo. Luego el coche mortuorio volvió á rodar, y otra vez se confundieron mis pensamientos perdiendo toda noción de lugar y tiempo.

Luego hubo una estación, me pasearon y comprendí que estábamos en la iglesia. Pero cuando el carro se puso de nuevo en movimiento, perdí toda conciencia de los lugares que atravesábamos. Un repique de campanas me indicó la proximidad de un templo; un arrastre más blando y seguido me hizo creer que íbamos á lo largo de un paseo. Yo estaba como un condenado conducido al suplicio, atontado, esperando el golpe supremo que no venía.

Se detuvieron y me sacaron del carro. Los ruídos habían cesado; sentía que estaba en un lugar desierto debajo de los árboles, con el amplio cielo sobre mi cabeza. Sin duda algunas personas acompañaban el duelo, los habitantes del hotel, Simoneau y otros, porque yo percibía ruído de cuchicheo. De pronto sentí que me hundía, mientras que unas cuerdas restregaban como arcos de violín contra los ángulos del ataúd, que producía un ruido de contrabajo rajado. Era el fin. Un choque terrible parecido al estampido de un cañonazo estalló á la izquierda de mi cabeza; un segundo choque se produjo á mis pies; otro, más violento todavía, me cayó sobre el pecho, tan sonoro que creí que la caja se partía en dos, y me desmayé.

IV

El suplicio

¿Cuánto tiempo permanecí en aquel desvanecimiento? No sabría decirlo.

En la nada, una eternidad y un segundo tienen la misma duración. Poco á poco, muy confusamente, volví á tener conciencia del ser. Creía que estaba durmiendo, y mis pensamientos se confundían, como los de una pesadilla.

Me imaginaba que mi mujer me estaba esperando en alguna parte, en Guerande, por ejemplo, y que yo había tomado el ferrocarril para ir á buscarla. Pasaba el convoy por un túnel, cuando un ruído estrepitoso y una conmoción horrible nos anunció una catástrofe. El tren se había parado y los coches permanecían intactos. Pero en las dos bocas del túnel, delante y detrás de nosotros, la salida se había interceptado y nos encontrábamos en el centro de una montaña, tapiados por dos inmensos bloques de piedra. Inmediatamente comenzaban los tormentos de una angustiosa y prolongada agonía. No había ninguna esperanza de recibir socorros; se necesitaba un mes por lo menos para desembarazar la salida del túnel; además, sería preciso un trabajo colosal de gran-